

# *Una señora de la limpieza*

(Monólogo)

Carlos Sáez Echevarría

## PERSONAJES

**JESUSA**                      señora de la limpieza

**(Se presenta la señora de la limpieza en el escenario, habilitado como el camerino de la Troyana. Al entrar enciende la luz. Lleva un cubo, una fregona y los diferentes utensilios al efecto. Mientras habla se dedica a limpiar el camerino desordenado que dispone de los muebles al efecto.)**

**JESUSA.-** Falta poco tiempo para que empiece la función y esta tía está todavía sin venir al camerino. ¡Qué falta de profesionalidad! ¡No se molesta lo más mínimo en hacer bien las cosas! Es mala artista y seguirá siempre siéndolo. Dice muy orgullosa que toca el piano y, cuando lo toca, parece que le está quitando el polvo al piano...

Se cree que con ser guapa ya es suficiente. ¡Pues no señor, no es así, porque ni siquiera es guapa! Ni siquiera resultona. Sólo tiene una capa de un metro de cosméticos y de pinturas sobre el cuerpo. Esta tía, como no espabile, no la va a volver a contratar ningún otro director. Está claro que Don Abelardo la contrató porque se ha enamorado de ella. ¡Le pone una carita de gatita mareada, le presenta unos escotes que enseñan hasta el ombligo, le acaricia bien el cuello con las manos de vampiresa barata, le toca las narizotas con las suyas respingonas, le guiña el ojo voluptuosamente y el otro se cree que es pan comido, que está enamorada de él y que puede hacer de ella lo que le da la gana!

Don Abelardo no se da cuenta de que eso se lo hace a todos los hombres que pueden ayudarle en su carrera. ¿Pero si yo lo sé todo? Yo la vi cuando entró por primera vez en este teatro contratada como una chica del conjunto. Todas ellas eran bastante esmirriadillas, pero ella era la más flacucha y esmirriadilla de todas. En cierta ocasión le dijo a una amiga que ella había comenzado su carrera de artista, dejándose las bragas en la consulta de los dentistas. Es tan libidinosa que cuando se va por la noche a la cama la encuentra siempre llena de gente.

Se distinguía de las demás en que era la más ambiciosa, no porque fuera la más artista, sino porque llevaba siempre unas minifaldas exageradas. Su voz era la peor de todas las voces del conjunto, pero ella logró cantar casi recitando, bajando el tono de las canciones de forma exagerada, casi como un hombre, y fumando como un cosaco, mientras cantaba aquello de... **(Canta imitando cómicamente la voz baja de la Troyana, haciendo como que fuma y adquiriendo poses de mujer fatal.)**

«Fumando espero  
al hombre que más quiero,  
tras los cristales,  
de alegres ventanales...».

¡Qué mal lo hacía! ¿Cómo la pudo contratar Don Abelardo con lo torpe que era para todo? ¡Todavía no he logrado entenderlo!

Porque yo lo hubiera hecho mucho mejor. Mi voz es más cálida y tengo más personalidad. Lo que pasa es que no se les ocurre proponerme a mí para una prueba. Si lo hicieran, seguro que lo haría mucho mejor que ella. No es por nada, pero tengo mejor tipo que ella y mejores tetas, que eso es en lo que se fija Don Abelardo. Las suyas en comparación con las mías son como cacahuetes. **(Se mira en el espejo adoptando posturas de diva.)**

¿Pero cómo se va a fijar en mis tetas, si no se las he enseñado nunca? ¡Ni se las pienso enseñar, que yo soy una mujer muy decente y esa lagarta es una sinvergüenza! Así que seguiré dedicándome a la limpieza, pero con la honra muy en alto, mientras que de ella se seguirá hablando perrerías por todo el mundo. Además ella es tan inculta que suele decir que no entiende cómo ayer se escribe sin hache y hoy con hache, habiendo tan poca diferencia de una día para el otro.

**(Señalando la silla que está enfrente del espejo.)** En esta silla se sienta para maquillarse esos ojos pequeñorros que tiene. Dicen que tiene ojos verdes de mujer fatal. ¡Mentira! ¡Qué va! Tiene unos ojos amarillos desleídos de gatita respingona.

¿Y la nariz? ¡Qué horror, qué nariz más larga tiene! Es como una gabarra cargada de chatarra. ¡Yo no sé cómo dicen que su nariz presta una gran personalidad a su figura!

En primer lugar no tiene personalidad, porque una nariz de una artista que se precie, no puede ser tan larga y ancha. Tendría que ser más pequeña y delicada, algo así como la mía. **(Vuelve a fijarse en el espejo y a hacer gestos de diva.)**

Está claro que mi nariz es mucho más delicada, como corresponde a una mujer decente de sentimientos delicados y muy femeninos. Es que la honradez se refleja hasta en el rostro. Yo me miro al espejo y me veo tan guapa, femenina y delicada que me extraña mucho que no se haya fijado en mí Don Abelardo, a pesar de las sonrisas que le dedico y de los saludos que le prodigo cuando le veo pasar por el pasillo.

¡Buenos días, Don Abelardo, le digo, cuando le voy a limpiar el despacho y él está allí sentado escribiendo! Él ni me contesta muchas veces. ¿Por qué será tan antipático conmigo y no me responde muchas veces al saludo que tan cariñosamente le dedico? Le limpio con un cuidado exquisito todo el escritorio y el despacho, para que no tenga ninguna pega y piense que soy una gran señora de la limpieza, pero él se muestra completamente indiferente a la labor que hago y a los encantos de mi persona. **(Le sale una lágrima traidora por el rabillo del ojo y se la limpia con el pañuelo.)**

Un día intenté llamarle la atención sobre mí, al repetirle tres veces los buenos días, pero él ni se inmutó. Al repetirle la cuarta vez, es cuando me saludó y me dijo que no le vuelva a interrumpir más, porque estaba muy atareado. Sin embargo, cuando ve de lejos a la asquerosa *vedette* esa de la Troyana la sigue con la mirada por todas partes y deja lo que está haciendo por observarla.

Yo creo que las chicas del conjunto saben que yo adoro a Don Abelardo y a veces se ríen de mí. Un día cometí la indiscreción de confesarlo a una chica del conjunto y a los cinco minutos ya lo sabía toda la compañía, incluso los camareros del bar que está junto a la taquilla del teatro. Me llamaban la princesa del cubo de la basura y yo creo que se lo debieron comentar a Don Abelardo, porque al día siguiente Don Abelardo me miró con una sonrisa muy especial y se echó a reír al verme. Yo me quedé patidifusa, sin saber qué hacer. Desde entonces ya ni le saludo por las mañanas, ni le miro a la cara para no sonrojarme. A él le da exactamente igual que le salude o que no le salude al entrar o que me marche sin decirle adiós.

Pero esto no se puede quedar así. A esta Troyana de las narices le voy a tener que dar una lección. Empezaré por meterle este ratón muerto en la falda que se va a poner dentro de unos instantes. El susto que va a recibir, va a ser de muerte, ja, ja, ja... Me lo voy a pasar en grande, cuando empiece a gritar en el escenario, al ver al ratón. **(Va al cubo de la basura y saca un ratón muerto, cogido de la cola y se lo coloca dentro del bolsillo de un vestido que está situado encima de una silla.)**

Nadie podrá sospechar de mí, puesto que los ratones pueden andar por todas partes y morirse donde más les guste. Para más recochineo le voy a meter esta cucaracha muerta dentro de la cafetera, para que se la trague, al beber el café. ¡La venganza va a ser terrible, ja, ja, ja...! **(Va otra vez al cubo de la basura y saca de él una cucaracha muerta. Se dirige a la mesita donde está colocada una cafetera y echa en ella la cucaracha.)**

Nadie podrá sospechar de mí, puesto que las cucarachas pueden escoger cualquier sitio para entrar y para morirse, si les da la gana. ¡Qué triste sino el mío, tener que quitarle el polvo a una señora que le han echado el polvo todos los hombres del mundo!

¡Lo descubrí yo misma en este camerino! Primero lo hizo con el actor principal contra esa pared. Les contaré como fue la cosa.

Había acabado la función de las diez y media de la noche y me tocaba a mí efectuar la limpieza a esa hora. No había nadie en el teatro. Yo sola me había quedado con la llave, dispuesta a cerrar la puerta principal, cuando me pareció oír un ruido extraño en el piso de arriba.

Pensé que serían ladrones que se habían escondido entre las butacas, al acabar la función. Llamé por teléfono a la policía. A los cinco minutos llegó la policía y nos dirigimos hacia donde procedían los ruidos extraños.

A medida que nos dirigíamos al piso de arriba, los ruidos se hacían cada vez mayores. Eran voces de personas como que luchaban, se herían y se lamentaban. Supuse la tragedia, podría ser que estuviesen matando a la Troyana, porque me parecía que la voz era de ella y que los lamentos que echaba eran terribles con esa vozarrona que tiene. Cuando la policía abrió la puerta del camerino, el espectáculo que vimos fue tremendo.

La Troyana y el primer galán estaban completamente desnudos. La Troyana sudaba como una cosaca, sentada encima de los brazos del primer galán de la compañía y apoyada contra esa pared. Los policías se echaron a reír, al ver el espectáculo y la Troyana, plas, se cayó al suelo, porque el primer galán, del susto, la soltó de repente. El cacharrazo que se llevó y la vergüenza que tuvo que soportar fueron mayúsculos.

Aproveché la ocasión para afejar su conducta, diciéndole que estaba entre personas muy decentes y que nos estaba difamando a todas las mujeres que trabajábamos en el teatro.

Ella me miró con unos ojos de pantera enfurecida y me dijo a ver quién me creía que era yo y me insultó, llamándome fregasuelos y arrastrafregonas de poco pelo. Yo le dije que se lo diría a Don Abelardo inmediatamente.

Yo, como una tonta, al día siguiente me dirigí al despacho del Director y le conté lo sucedido. Don Abelardo me dijo que no divulgase la noticia, para no dar de qué hablar a la prensa sensacionalista y para que no saliera a relucir el teatro en ella. Yo todavía no lo he hecho, pero el día que me den dinero los de la prensa del corazón me voy a hacer millonaria con todo lo que tengo que decirles.

Le obedecí a Don Abelardo, en primer lugar porque en el fondo estaba enamorada de él, un hombre tan fino y varonil, tan elegante y delicado en el trato. Se comentaba que era riquísimo y un gran conquistador. Total era un sueño de hombre, capaz de enamorar a cualquier mujer que se precie y aunque yo me daba perfectamente cuenta de que yo sería la última en el escalafón para conseguir que se fijara sentimentalmente en mí, le apreciaba como un superhombre, un dios a quien había que respetar y obedecer.

Un domingo a la mañana me había dejado olvidada en mi taquilla mi cartera con todos los documentos personales y tuve que venir a recogerlos.

Me extrañó desde el primer momento que en la puerta principal estuviera abierta, porque yo la había cerrado el día anterior. Me extrañó que hubiera una colilla de cigarrillo por las escaleras que dan a los camerinos y que estuvieran otras dos colillas arrojadas precisamente delante de la puerta del camerino de la Troyana.

Supuse que estaban allí la Troyana y su amante y me entraron unas ganas inmensas de saber quién era su amante. Si me marchaba y les dejaba allí, no me podría enterar nunca de cuál era el amante de la Troyana. Así que esperé para vigilarlos durante un cuarto de hora, escondida debajo de las escaleras para que no me viesan, pero no salían nunca y decidí romper por lo sano y entrar a saco en la habitación para pillarles allí.

En un momento en que se oían sus jadeos más pronunciados, abrí la puerta de par en par y el espectáculo que vi fue la cosa más extraña que se puede imaginar.

La Troyana estaba desnuda sentada en una silla. Don Abelardo estaba allí, enseñando el trasero hacia la puerta con los pantalones caídos hasta el suelo y la cabeza reclinada sobre las rodillas de la Troyana.

Por cierto que no sabía yo que el trasero de Don Abelardo era tan feo, lleno de pelos negros que le daban el aspecto del trasero de una cabra o de un perro.

Lo que nunca acerté a comprender es por qué la Troyana tenía en la mano derecha una zanahoria grande con la cual, al parecer, estaba acariciando el trasero de Don Abelardo.

El espectáculo fue tan deprimente que di un grito descomunal y me lancé escaleras abajo, huyendo de aquella vista infernal que nunca pude imaginar.

Como comprenderán, ha cambiado mucho la idea que tengo de Don Abelardo. No sólo le aborrezco y me parece el menos hombre y el más afeminado de todos los hombres, sino que además me parece feo, muy feo. Sus ojos son horripilantes, sus narizotas grandotas y desproporcionadas, su voz es desgarrada y oscura y sus manos grandotas como las de un oso. No sé cómo pude estar enamorada de un bestia de ese calibre.

A cuenta de estas dos intervenciones mías, contra la Troyana, Don Abelardo me ha despedido. Este es el último día que voy a trabajar aquí. Me iré al paro hasta que consiga otro empleo, que será pronto porque en este país hay tanta porquería acumulada que se necesita mucha mano de obra para limpiarla.

Como Don Abelardo no se atrevió a despedirme él personalmente, me envió una carta de la dirección, comunicando a la oficina de desempleo su decisión.

Este es el último momento que tengo para vengarme de la Troyana y no lo voy a desperdiciar. Voy a romper las costuras del velo que se pone, cuando se pasea desnuda por el escenario. Me gustaría ver la cara que va a poner, cuando se le caiga el vestido en plena función, ja, ja, ja. **(Coge unas tijeras, va al armario y rasga con ellas un magnífico traje de noche que lleva un velo encima.)**

Ahora me iré rápidamente para que nadie pueda pensar que he sido yo la culpable y me la cargue.

**(Con mucho sigilo apaga la luz del camerino y sale por la puerta del mismo.)**

FIN